

Carta al padre



Jesús Aguado

Carta al padre

f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Vandalia, 67

Director de colección: Jacobo Cortines
Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: febrero, 2016

© Jesús Aguado, 2016
© Fundación José Manuel Lara, 2016
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Diseño: Estudio Manuel Ortiz
Maquetación: milhojas. servicios editoriales
Fotografía del autor: © Ima Garmendia

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 2-2016
ISBN: 978-84-15673-18-7
Printed in Spain-Impreso en España

PADRES



Cuando mi padre construyó en el jardín una nave espacial (con chatarra, con musgo, con pedazos de loza, con caparazones de escarabajos, con botellas vacías, con ramitas), me sorprendió: ¿cómo es que, en los siete años que yo llevaba habitando esa casa, no me había dado cuenta de que ésta tenía un jardín?

Cuando en la tele daban una mala noticia (en el telediario, en las películas, en los documentales) mi padre se ponía a cantar bajito. Dulce. Como si entrara en trance. Casi flotando en su butaca de cuero negro. Un chamán. Un niño a punto de ser descubierto debajo de una cama. Y entonces lo miraba y, sin preguntarle, me levantaba y le traía un vaso de agua helada.

Mi padre era ágil y vivía atento (como una manzana verde vive pendiente del sol) pero tropezaba muchas veces. Los obstáculos, enamorados, intrigados, le buscaban.

— | —
Mi padre no sabía arreglar grifos, enchufes, mesas cojas, fallas, lámparas, toldos, pantalones, hornos, teléfonos. Mi padre tampoco sabía arreglar lo que rompen los gritos, los malos silencios, los malentendidos, las bromas de dudoso gusto, las desatenciones. Pero sabía arreglar gafas. Eso lo hacía mejor que nadie.

Mi padre sólo se acordaba de mí para olvidarme mejor. Sus olvidos eran memorables. Como aquella vez en la playa. O en el aeropuerto. O el día de mi boda. Desmemoria creativa, amorosa, liberadora. Qué habría sido de mí sin sus olvidos.

— |
— |

Mi padre dijo ¡salta! Su voz alerta, perentoria. Pero es sólo una juntura en el pavimento. No. Es un río. Hay pirañas. Hay caimanes. Está, hambriento, el dios del remolino. Está, sedienta, la sombra del baobab. ¡Salta! Me agarró con fuerza de las manitas. Salté. Ahora veo un río sangriento en cada raya. Y me quedo quieto. Me hundo en ella. ¡Padre!